

Moncada, atacó á Roma, saqueó á Transtevera y al Vaticano. Clemente quiso hacer tomar las armas al pueblo; pero éste no se movía absolutamente por un papa que era la causa de sus males: «no sólo los frailes en los púlpitos, sino también varios ermitaños iban por las calles predicando el fin del mundo, y entre éstos no faltaba quien persuadiéndose que era imposible ver tiempos peores que los que corrían, decían que el papa Clemente era el Antecristo.» Fuele, pues, preciso refugiarse en el castillo de San Angelo, capitular despues con Moncada, perdonando á los Colonna y retirar sus tropas de la Lombardia.

La liga santa se encontró débil con esta retirada. Por una parte, como Carlos V no estaba en estado de pagar sus tropas, dirigieron sus reclamaciones á Jorge Frundsberg. Este era un comandante del Tirol, que, estimulado con el botín que otros capitanes hacían en Italia, reclutó una partida de alemanes, cuyo número se aumentó en el camino. Se había presentado, pues, para obtener su parte de saqueo, jurando por el glorioso de Florencia, y llevando en el arzon de su silla un ronzal de seda y otro de oro, para ahorcar á los cardenales y al último de los papas.

Encontró, por su propio crédito y mediante prendas, el dinero necesario para asalar a treinta y cinco compañías de lansquenetes; despues se entendió con el condestable de Borbon para sitiar á Roma, donde el ejemplo de los Colonna prometía un saqueo productivo y fácil. Aquella turba de diversas lenguas y religiones, sin disciplina, sin provisiones y sin bagajes, sin pensar más que en el botín, y sin responder á sus oficiales más que *pagadme*, atravesó la Italia como una nube de langosta. Podía detenerla el duque de Urbino, pero prefirió la gloria de ser libertador de Roma, la satisfaccion de vengarse de los Médicis, que le habían despojado en otro tiempo de su ducado. Descansaba Clemente VII en el tratado que acababa de concluir con Lannoy, que había ido para defender el reino de Nápoles, y prometido su proteccion al santo padre contra el condestable de Borbon; pero pronto el espanto general le arancó de sus acostumbradas fluctuaciones; trató de reclutar tropas vendiendo capelos de cardenales. lo que se había negado á hacer hasta

entonces, apelando á las ofrendas voluntarias de los ciudadanos, é implorando á sus aliados á quienes había cobardemente abandonado.

Ya era demasiado tarde. El condestable acampó en las llanuras próximas á Roma; la capital del catolicismo y de las artes fué sitiada por bárbaros y protestantes. La juventud romana se levantó para defenderla; pero novicia é inhabil en las armas, contrariada además por los gibelinos, alegres con el triunfo de los imperiales, pronto se pusieron en fuga. Faltándoles á los lansquenetes escalas, se ayudaban con sus largas espadas para subir á la muralla; el condestable de Borbon fué de los primeros que subió á ella, pero fué herido de un golpe mortal. Ya un ataque de apoplejía había precisado á Frundsberg á retirarse. El ejército que había quedado sin jefe y sin una persona que reprimiese su ardor de venganza y saqueo, se apoderó en dos horas de la ciudad Leonina, excepto del castillo de San Angelo, á donde Clemente VII se había refugiado; romanos, suizos, todos los defensores de la ciudad fueron degollados, y el resto abandonado á la brutalidad de una soldadesca furiosa.

Los terribles saqueos de los tiempos de Alarico no ofrecen nada tan odioso y que cause tanto espanto como lo que pasó entonces en plena civilizacion, en nombre del rey católico. Forzáronse los conventos y se robaron á las iglesias, para ser entregadas en brazos de soldados desenfrenados en medio de orgías, en las que los vasos sagrados se profanaban en los altares convertidos en mesas de banquete; borrachos los alemanes, se cubrían con los capelos de los cardenales y ornamentos sacerdotales, burlándose de ellos en sus obscenas danzas y deshonoraban á las mujeres á la vista de sus maridos encadenados. Ni siquiera los sepulcros se respetaron, y se arrancó un anillo de oro del dedo de Julio II. Regocijábanse los luteranos con pisotear las cosas sagradas, y destruir la *idolatria* de los cuadros y de las estatuas. El cardenal de Araceli, á quien pusieron vivo en un ataúd y cuyas exéquias celebraron con burla, fué paseado por ellos por las calles de Roma. Se embriagaron en su palacio con vino que bebían en los cálices; despues le enviaron á la grupa de uno de ellos á mendigar su rescate de puerta en puerta. Arrojaron las bulas pon-

tificias por paja á sus caballos; y, habiéndose reunido en una capilla del Vaticano vestidos de cardenales, é imitando las costumbres de los cónclaves, degradaron al pontífice y proclamaron á Lutero en su lugar.

Aún llegaron los campesinos del cardenal Colonna para renovar la desolacion. Italianos, españoles y almanes, parecían rivalizar únicamente sobre quién había de hacer más daño, no sólo á los prelados y al clero, sino también á una poblacion inocente.

Concluyó Clemente VII por capitular, obligándose á permanecer primero en el ejército hasta el pago completo de cuatrocientos mil ducados; ceder Parma, Plasencia y Módena; recibir guarniciones imperiales, y en fin, ir á Nola ó Nápoles para aguardar allí las órdenes del emperador.

Carlos V no tenía otra culpa en estos crímenes, que el que tiene un hombre que da salida á un torrente al campo sin preveer los estragos que no podrá impedir. Procuró, en su consecuencia, engañar á los demas y á su propia conciencia con rogativas por la libertad del papa (1527), vistiendo luto y excusándose con los demas príncipes. Pero gozoso con poder manifestar al mundo que podía vengarse de todo el que se uniera á la Francia, no disminuía en un escudo el rescate impuesto al Santo Padre; hasta trató de atraerlo á España; «y la opinion de los más sabios era que quería que volviese el papado á la sencillez y pobreza antigua, en la que los pontífices, sin mezclarse de las cosas temporales, se ocupaban únicamente de las espirituales. Esta resolucian, consecuencia de los infinitos abusos y de los espantosos esfuerzos de los pontífices pasados, era muy alabada y deseada por muchos. Ya varias personas del pueblo decían que no estando bien juntos el pastoral y la espada, debía el papa volver á San Juan de Letrán y cantar allí misa.» Indignése toda la cristiandad con el modo brutal con que acababa de ser tratada la metrópoli del mundo y el jefe de la Iglesia. Francisco I y Enrique VIII hicieron alianza en Cognac para libertar al papa y á los hijos de Francia, asegurar á Esforcia el ducado de Milan á reprimir al monarca austriaco. Carlos V acusó á Francisco I de haber faltado á su palabra, declarando que estaba dispuesto á sostenerlo de hombre á hom-

bre; Francisco le desmintió; cambiáronse carteles de desafio entre ellos, y hasta determinaron el lugar y el dia en que debían pelear. Se sabe que eludieron el duelo real, y que dejaron ventilasen las naciones la cuestion. Si se hubieran batido en campo cerrado y ambos hubieran perecido, la Europa, y de seguro la pobre Italia, que, asolada de nuevo por la peste, regalo de sus formidables huéspedes, tuvo aún que prepararse á nuevas guerras, hubieran ganado.

Mientras que Andrés Doria, que por no haber sido pagado por el papa, había abandonado su servicio, se apoderaba de Génova, Lautrec pasó los Alpes á la cabeza de treinta mil franceses, vengó en Pavia el cautiverio de su amo, y se dirigió á Roma á libertar al papa.

No atreviéndose los campesinos á llevar provisiones al mercado, el hambre era extremada allí; los generales imperiales no podían, sin nuevas sumas de dinero, arrancar á los soldados de aquellos muros donde se hinchaban con la sangre y el oro de los romanos, y como Clemente no podía procurarse el rescate que había prometido, los alemanes lanzaban horribles clamores, como si estuviesen dispuestos á asesinarle. Obispos, arzobispos y personajes de consideracion de Roma, que habían sido entregados por el papa en rehenes, fueron conducidos tres veces cargados de cadenas al campo de las Flores, con amenazas de ahorcarlos, si no se entregaba el dinero; no pudieron escapar del peligro sino embriagando á aquellos furiosos. El mismo Clemente VII consiguió fugarse disfrazado; pero debía reconocimiento á los franceses por la proteccion que le habían concedido, y Enrique VIII, en recompensa de los socorros que le había proporcionado, le pedía pronunciasse la disolucion de su matrimonio con Catalina de Aragon, y por otra parte Carlos V le amenazaba con deponerle si accedia á ello. Volvió, pues, á su política habitual, fluctuando sin cesar en medio de sus sutiles previsiones, y por considerar á todo el mundo, los convirtió á todos en enemigos.

Entretanto Roma, asolada por la peste y los soldados, no sabía cual de estos dos azotes era peor. Cuando aquellas feroces bandas no encontraron ya en ella nada que saquear, se esdarcieron por las cercanías, asolando y robando.

do todo lo que encontraban en su paso. Así es que sucedió más de una vez que los campesinos, tocando á rebato, cayeron sobre sus destacamentos y los destrozaron. En este tiempo las antiguas facciones se reanimaban y las venganzas se ejercían con furia entre los Orsini y los Colonna, siempre para la mayor ruina del país.

Hacia ocho meses que duraba la devastación, cuando el príncipe Filiberto de Orange, que había tomado el mando de los imperiales que quedaban, los determinó á salir del territorio pontificio, y se encerró en Nápoles. Allí se le unió Lautrec (1528), cuyo ejército se había reforzado con bandas negras. Después de haber avasallado la comarca con la facilidad que existe por lo común en países donde el pueblo ni aún quiere saber quien será dueño, sitió la capital por tierra, mientras que Andrés Doria la atacaba por mar. El almirante genovés, que hacía en el mar lo que los demás en el continente, había equipado doce galeras á sus expensas, y se ponía al servicio del que le pagaba. Derrotó la escuadra castellana enviada al socorro de Nápoles, dió muerte al virey Moncada que la mandaba, é hizo prisionero al marqués del Guast ó del Vasto.

Francisco I había enviado otros refuerzos á las órdenes del conde de San Pol, que hizo la guerra en Lombardía con diferentes probabilidades, hasta el momento en que fué batido y hecho prisionero por el feroz Antonio de Leyva (1528).

Lautrec se había detenido tanto tiempo bajo los muros de Nápoles, que le faltó el dinero, sobrevino la epidemia; el mal aire, los excesos de los soldados y la insalubridad de los alojamientos pronto diezmaron á los sitiadores, que en un mes se vieron reducidos de veinte y cinco mil á sólo cuatro mil. Los jefes no se libertaron tampoco, ni aún el mismo Lautrec. De esta manera se encontró levantado el sitio de Nápoles, y habiendo tomado el mando Miguel Antonio, marqués de Saluces, se retiró á Aversa, donde precisado á rendirse murió de pesar. Los restos esparcidos de aquel bello ejército conquistador de la Italia perecieron de miseria en las cuadras; los cadáveres abandonados aumentaron la putrefacción del aire, con ella la gran mortandad y las imprecaciones contra

los extranjeros. Las bandas negras que habían manifestado que aún no se había extinguido el valor italiano, se dispersaron entonces; el ilustre minero Pedro Navarro, que había desempeñado un papel importante en todas estas guerras, fué hecho prisionero, y Carlos V mandó que fuese decapitado; pero compadeciéndose el gobernador de la fortaleza de aquel anciano guerrero, le evitó el suplicio y le degolló por su propia mano.

Promovido el príncipe de Orange al vireinato de Nápoles, colmó en la paz los males causados por la guerra. Acusó á gran número de feudatarios de haber favorecido á los enemigos para enviarlos al suplicio y confiscar sus bienes; hizo además pagar á los nacionales seis meses de sueldo al ejército que había saqueado á Roma. Este fué el principio violento de aquel gobierno absoluto y tiránico, que durante dos siglos hizo tan miserable la más hermosa parte de la Italia.

La defección de Andrés Doria había sido el último golpe dado á la fortuna de la Francia. El marqués del Guast le había conocido cuando estuvo prisionero á su bordo, que estaba muy picado por el orgullo de los cortesanos franceses, y porque el rey había enviado á otro que á él á Levante en calidad de almirante, y concibió el pensamiento de atraer á Savona, en cuyo puerto había ya comenzado trabajos, el comercio de Génova. Habiendo conseguido el marqués insinuarse en su ánimo, le aconsejó sustraer á su patria del yugo de los que acababan de saquearla y vulneraban sus privilegios.

Génova parecía estar destinada, en efecto, á ser el objeto de vergonzosos mercados entre la España y la Francia; esta última potencia no la conservaba ya más que para deshacerse de ella á un precio ventajoso. Resolvió, pues, Doria, arrancarla de las manos de ambas naciones contendientes, y sacrificando tímidas consideraciones de honor á la esperanza de ser el libertador de su patria, envió á Francia á pedir satisfacción de las culpas que se habían consentido con respecto á ella y á él. A la negativa de Francisco I se dirigió al emperador, quien le presentó condiciones que le agradaron. Enarboló entonces la bandea imperial y llamó á la libertad. Este fué un acontecimiento de

extremada gravedad para el conjunto de negocios de la Francia en circunstancias tan urgentes; porque dice Brantome: el que no es dueño de Génova y del mar, no puede dominar bien la Italia.

Doria, dió, pues, el último golpe á la independencia de Italia entregándola á Carlos V, convirtiéndose después en el abrigo y sosten de Felipe II; pero devolvió la libertad á Génova negándose á aceptar la soberanía que le ofrecía Carlos V, poco partidario de las repúblicas.

Entretanto negociábase entre los soberanos una reconciliación necesaria á todos los partidos (1529), y en fin, el emperador y el papa se pusieron acordes en Barcelona. Obtuvo el pontífice mejores condiciones que las que hubiera podido esperar después de una victoria: Carlos se comprometió á que los venecianos le restituyeran á Rávena y Cervia, y el duque de Ferrara, Módena, Reggio y Ruviera; restablecer á los Médicis en Florencia, Esforcia en Milan, si probaba que había sido extraño á las tramas de Morone; y en fin, someter á los herejes en Alemania. En cambio prometió el papa dar á Carlos la corona imperial y la investidura del reino de Nápoles, con sólo la carga del homenaje de la hacanea.

Por otra parte, Margarita, tía de Carlos V, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, concluían en Cambrai un arreglo por el cual Francisco I renunciaba á los condados de Artois, Flandes y Charollais, y Carlos V á la Borgoña, que debía concederse en patrimonio al hijo que naciese de Leonor, futura del rey de Francia. Esta princesa llevó consigo á los príncipes franceses que habían quedado en rehenes, y cuyo rescate se pagó á peso de oro.

Francisco I, que para obtener condiciones más ventajosas, había hecho que las potencias italianas verificasen nuevos esfuerzos, las abandonó entonces vergonzosamente á la venganza española, renunciando á todos sus derechos, y no estipulando nada para sus aliados. El rey caballero hubiera entonces podido cambiar ciertamente su frase de Pavia y exclamar. *Nada se ha perdido excepto el honor.*

Margarita había dicho que por volver á ver á uno de los dos hijos del rey, hubiera dado mil Florencias. Esta ciudad, que engañada por las promesas de la Francia, se había negado á es-

cuchar á Doria y á sus mejores hombres de Estado, que le aconsejaban unirse al emperador, fué entonces vendida cobardemente sin que tuvieran en cuenta sus derechos y sus quejas. Habiendo cedido Carlos V á los portugueses por 400.000 ducados sus derechos á las Molucas, llamó á Barcelona á Andrés Doria prodigándole honores; y montando en su galera capitana, bogó con un fuerte ejército hácia Italia, cuyo destino se había fijado en su mente. Esta acogió con alegría las esperanzas de un descanso esperado por todos. Desplegaron las artes á porfía su brillo en las fiestas y ceremonias, y Carlos se abocó en Bolonia con el santo padre, para combinar la realización de sus comunes deseos. El emperador deseaba conservar á Milan, como principal llave de sus posesiones de Italia; pero como el duque Francisco estaba abiertamente sostenido por los venecianos y ocultamente por los demás príncipes, consintió Carlos en dejárselo, reservándose verificar su proyecto en tiempos más tranquilos, lo que ejecutó. Concedió, pues, á Francisco Esforcia el ducado de Milan, excepto Pavia con que invistió á Antonio de Leyva, y retuvo como prenda la ciudad de Como con el castillo de Milan hasta el pago completo de 200.000 ducados, la mitad en dinero contante y el resto en el espacio de nueve años. Venecia restituyó al papa Rávena y Cervia, al emperador las ciudades ocupadas en el litoral napolitano con 300.000 ducados además, y se tuvo cuidado de los desterrados y refugiados.

Génova, Luca y Siena, permanecieron libres; Federico, señor de Mántua, recibió el título de duque; Carlos III de Saboya, cuñado de Carlos V y tío de Francisco I, había conseguido guardar la neutralidad entre ellos, y se aprovechó sin pérdida de la victoria.

Alfonso de Ferrara había enviado después de la muerte de Julio II embajadores á Leon X, entre cuyo número estaba el Ariosto, y obtuvo la paz; pero le era perjudicial en atención á que queriendo Leon procurar á los suyos un gran estado, se esforzaba en adquirir Módena y Ferrara, ya por la fuerza, ya con secretos manejos. Su muerte sacó á Alfonso *ab ungue leonés*, como lo hizo grabar en una medalla; habiéndole recibido bien el emperador en aquellas circunstancias, le adjudicó Módena

y Reggio; por su parte, el papa le concedió la investidura de Ferrara mediante 100.000 ducados.

Cinco meses permanecieron el pontífice y el emperador bajo el mismo techo, tratando de sus asuntos en persona. Ya fuese por temor de perder el tiempo, ó por la vergüenza de ver á Milan y Roma en el deplorable estado á que estaban recucidas, Cárlos recibió en el mismo Bolonia la corona de hierro y la de oro. Fué el último emperador de Alemania coronado por un papa. En efecto, desde el momento en que la dominacion pertenecía á la espada, ¿qué significacion podia tener aún una coronacion hecha por el representante de la Italia? Cansados y desanimados sus habitantes se dedicaron á adular á Cárlos V, sin cesar de repetir que nunca se hubiera podido imaginar tanta afebilidad y cortesania con el autor de tan horribles desastres.

De esta manera la union de los poderosos consumaba el envilecimiento de la Italia que habia comenzado con sus discordias. Ya no existia equilibrio entre los pequenos estados, avasallados al emperador ó debilitados. Asustado el papa con los progresos de la reforma, dirigió la mano á aquel imperio que sus predecesores habian hecho temblar tantas veces; y mientras que la posicion regular del papado habia fundado su gloria y grandeza en lo pasado, cambió de divisa, y se colocó en el partido de los gibelinos, que en adelante decidieron del porvenir de la Italia. Si hasta entonces habia tenido que sufrir los estragos de la peste y de la guerra, males pasajeros que no destruyen los gérmenes de la prosperidad de una nacion, vió entonces establecerse en su territorio una administracion absurda, principios disolventes, opresion sistemática del pensamiento, del talento y de la industria.

CAPITULO II

Lutero

Cristo habia venido al mundo para salvarle por la gracia y por la fé; castigó nuestros pecados en sí mismo, y satisfizo por nosotros. Pero despues de este castigo y esta satisfaccion, habia dejado á sus apóstoles y á la Iglesia el cuidado de exigir de los pecadores para obtener su

perdon, una pena expiatoria en la confesion, con la facultad de determinar el modo y duracion de aquellas penas, y perdonar una parte de ellas, á lo que se llamó indulgencia. Encontramos que desde los primeros tiempos de la Iglesia prescribió las oraciones, los ayunos, las penitencias y las mortificaciones; desde aquella época hizo tambien igualmente uso de la facultad que se le habia dado de perdonarlas. Así era, que al lado de la doctrina que enseñaba, que la salvacion procede gratuitamente de Cristo, existió de la cooperacion del hombre, la satisfaccion penal y la relevacion parcial ó total del pecado, segun las circunstancias que militasen en favor del penitente.

Cuando se desorganizaron los estudios á fines del siglo VII, se introdujo una innovacion que parecia dictada por el celo de la disciplina; pero que no tuvo otro efecto que trastornarla. La pena que en los primeros siglos no pasaba de treinta años, se extendió entonces á varios siglos; era, pues, imposible obtener la absolucion durante su vida. En lugar de restringir su duracion, se les ocurrió permitir la *conmutacion*, y despues la *redencion*. Los frailes se encargaron, en fin, de la realizacion de las penitencias que se rescataban, pagando ciertas sumas determinadas en los libros penitenciarios.

Las cruzadas entraron en la clase de las conmutaciones, sus peligros y trabajos se creyeron suficientes para compensar las penas temporales de satisfaccion, como tambien el dinero necesario para aquellas expediciones; comprendiéndose despues en ellas todas las obras llamadas *pías*, como edificar iglesias, puentes y monasterios. Aunque Roma declarase que aquellas indulgencias no tenian valor sino en tanto que eran acompañadas de arrepentimiento, el vulgo se engañaba fácilmente con respecto á esto. Sea cualquiera el juicio que se tenga sobre semejante innovacion, dice el padre Morin, prueba que la nocion de la indulgencia estuvo siempre unida á la de las penas expiatorias que la justicia divina exige por la culpa cometida, y que se ha creído siempre que la Iglesia habia recibido de Dios la autoridad de conceder indulgencia.

No pudiendo comprender los escolásticos (prosigue el mismo autor) que se puede conceder por tan ligeras satisfacciones tan grandes

indulgencias, y atormentados por el axioma de San Agustín que dice que si el pecador no castiga el pecado en él, Dios le castigará; los estudiantes, digo, recurrieron á este razonamiento; una sola gota de sangre de Cristo hubiera bastado para rescatar el mundo, pero quiso derramarla toda; de esta manera preparó un tesoro inagotable de misericordia, aumentado además con los méritos subrogatorios de los santos, y las obras de salvacion que se hiciesen sin ser necesarias. Como depositarios y dispensadores de este tesoro, pueden los obispos y los papas distribuirle á los pecadores arrepentidos, perdonándoles ya en todo, ya en parte, la pena merecida, á título de *indulgencia*. Aún no es esto todo, las indulgencias podian ser tambien aplicadas á las almas del purgatorio.

Esta opinion sobre el tesoro de gracia y su aplicacion, nada tiene de comun con el dogma de las indulgencias admitido por toda la Iglesia. Llegaron despues los jubileos, con cuyo motivo se concedia indulgencia plenaria, y que, atrayendo á una inmensa multitud al sepulcro de los santos apóstoles, fueron para Roma una mina fecunda de riquezas. La indulgencia se extendió á los que atendian á las necesidades de los papas en otras circunstancias. Los papas eran los padres y custodios universales de la justicia. Si en nuestros dias todo un reino contribuye para pagar á los tribunales y al príncipe, natural parecia entonces que toda la cristiandad contribuyese al entretenimiento del tribunal del jefe espiritual comun. Añádese á esto que habia que sopórtar gastos en interés de toda la cristiandad, las cruzadas, la guerra con los turcos, las misiones; era, pues justo, que todos los fieles tomasen parte en ellos. Pero en la mezcla de los dos poderes no era difícil confundir las necesidades espirituales, con las exigencias mundanas, y las necesidades personales con las de toda la Iglesia.

La venta de las bulas de indulgencia, llegó á ser una de las rentas más pingües de la corte romana. El vulgo creia con facilidad que aquel dinero era el precio de la cosa santa; y los frailes recaudadores, enviados á percibirlo, tomaban tanto por ciento del beneficio, y ensalzaban de una manera profana la virtud del perdon. Los concilios de Letran, Viena y Constanza, habian pronunciado severas prohibicio-

nes sobre este tráfico; pero Leon X creyó poder no hacer dos empresas, una cruzada contra Selim y la ereccion de un templo, que debiendo ser la imágen visible de la unidad católica, le parecia reclamar el concurso de todos los cristianos. La edad media no hubiera encontrado ninguna objecion á este proyecto; pero entonces habian crecido las naciones, y tomaban su vuelo fuera del seno en que se habian desarrollado. Los príncipes, cuya avaricia en recursos rentísticos iban á la par con la ignorancia pública, querian tener parte en aquel género de susado de contribucion.

Juan Tetzl, fraile dominico de Pirma, encargado por el arzobispo elector de Maguncia de percibir en Alemania el precio de las bulas, cumplió su mision de una manera escandalosa, atravesando la Sajonia con cajas llenas de cédulas todas firmadas. A su llegada á un pueblo, enarbolaba una cruz en la plaza, y comenzaba á pregonar su mercancia: *Comprad, comprad, decia, porque al sonido de cada moneda que cae en mi cajon sale un alma del purgatorio*. Acudia el pueblo en tropel á cambiar sus thalers y cequíes por indulgencias; la venta se verificaba en las tabernas, lo cual no le causaba perjuicio. Así fué que aquel fraile se llevó sólo de Freyberg 2,000 florines, con gran disgusto del elector de Sajonia é indignacion de de las personas honradas.

Ningun hombre se resintió de ello más enérgicamente que Martín Lutero. Nacido en Heilsleben, en el Mansfeld (10 de Noviembre de 1483), se habia procurado algun dinero para estudiar, yendo por las calles cantando salmos, hasta el momento en que una viuda de Eisenach, evitándole aquella humillacion, le dió mesa y alojamiento. Se ejercitó en los clásicos en la universidad de Erfurth, supo por casualidad en aquella biblioteca la existencia de la Biblia, porque habia creído hasta entonces que los fragmentos referidos en la liturgia, era todo lo que existia de ella en latin.

Habiendo sido herido por el rayo (1505), experimentó tal emocion, que hizo voto de renunciar al mundo. Tomó el hábito de fraile agustino, y procuró por las penitencias y la oracion que prolongaba hasta desmayarse de fatiga, reprimir las tentaciones de sus sentidos, mas como no lo consiguiere, se hizo su carácter